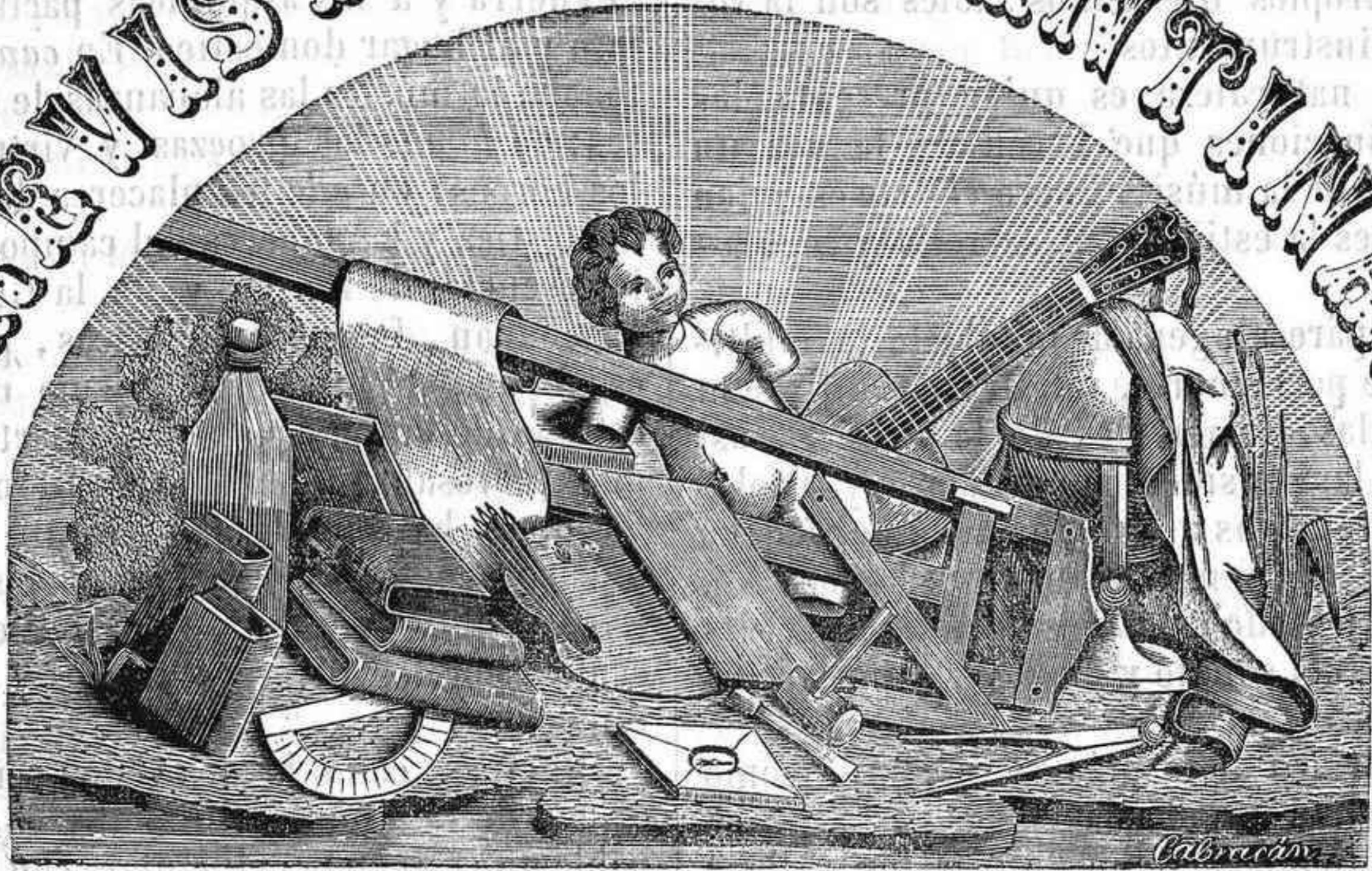


REVISTA SALAMANQUINA!



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

ESTUDIOS MÉDICOS.

MEMORIA

sobre la acción de la música en el hombre sano y enfermo. (*)

Imposible parece que entre los escritores de los diversos ramos del arte de curar ninguno hasta ahora haya ecsaminado esta materia bajo el punto de vista que merece, pues no han hecho sino anunciar ligeramente algunas de sus propiedades terapeuticas. Al observar ciertos hechos mas ó menos sorprendentes, se han limitado á trasmitirnoslos, sin indagar las causas de la acción de la música en el or-

(*) Dedicada á D. José Carlos Borregero, maestro de capilla de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad.

ganismo; causas que importa mucho conocer para poder con alguna certeza llamar en ciertos casos á este arte en auxilio de la medicina.

La terapeutica es la ciencia de las indicaciones; cualquier agente que pretende entrar bajo su dominio es preciso conocerle, entrar en su *materia médica*.

Asi pues, es necesario saber qué es la música: dónde ejerce principalmente su acción: qué modificaciones sufre el organismo en el estado fisiológico, deduciendo de estas sus efectos terapeuticos, sancionados ademas con hechos acreditados por la esperiencia y trasmitidos por los grandes hombres del arte.

Hé aquí la inmensa laguna que trataremos de llenar dilucidando dichas cuestiones.

I.

La música es el arte que enseña á disponer y conducir los sonidos de tal suerte

que de su consonancia, sucesion y duracion relativa, resulte una sensacion mas ó menos agradable. Las combinaciones del sonido, y sus efectos tienen lugar por el intermedio de agentes que pueden ser propios ó estraños: tales son la voz y los instrumentos.

La naturaleza es quien presenta las combinaciones que hacen de la voz un agente de la música; pero el arte es quien despues la estiende, desarrolla y regulariza.

Me parece agena de mi objeto la multitud de pormenores, relativos á la division y reglas elementales de la música, asi como las consideraciones físicas y fisiológicas relativas al sonido, á su formacion en el pecho, en la laringe, en la boca &c. pues que todo esto tiene relacion con las teorías del sonido y de la voz y no con sus efectos.

El origen de la música se pierde como el de otras muchas ciencias en la noche de los tiempos. Cubierta de velos y llena de misterios fué considerada como hija de la divinidad. El canto nos viene de los ángeles, dice Chateaubriand, y el manantial de los conciertos reside en el cielo. Cada nacion de las antiguas tenia alguna historia particular sobre su descubrimiento. Unos lo atribuian á *Hermione*, otras á *Orfeo*, á *Tubalcain*, á *Apolo*, á *Mercurio*, á *Amfion*, á *Thales*, á *Teamiris*, &c., en fin otros suponian que su nombre se derivaba de *Musa*, porque atribuian á ellas su invencion; pero todas las historias que se encuentran en las obras de los antiguos seria muy fácil reducir las á la clase de fabulosas. Es indudable sin embargo, que ellos la daban grande importancia, puesto que Aristóteles dice «la armonia es celeste, de naturaleza divina, y bella mas que humana» «Plutarco la apellidaba arte venerable y agradable á los Dioses» «Platon decia: no se debe formar juicio de la música por el placer, ni buscar la que no tenga otro objeto que el placer mismo, sino la que encierra en si la semejanza de lo hermoso.»

En efecto, la música llevada á su mayor grado de perfeccion imita y representa la mas bella naturaleza. Asi es que era

tenida como el arte mas escelente y como la ciencia de los sacerdotes y sábios. Construia las ciudades con Amfion, y las destruia con Josué. Presidia á las festividades religiosas y á los juegos del circo; á la guerra y á las asambleas pacíficas; al foro y al hogar doméstico. En *cantico* entonaba la música las alabanzas de los Dioses: en *himno* las proezas y virtudes de los héroes: en *oda* los placeres de la vida doméstica y las labores del campo. Todas las escuelas de Egipto y de la Grecia la enseñaban, fuesen pitagóricas, platónicas ó peripatéticas. Del mismo modo el estudio de la música formaba parte de los que interesaban al médico, y Herofilo entre otros ha sido tenido por un célebre músico, como lo prueba su curiosa doctrina sobre el pulso, cuyas diferencias explica por los diversos modos y ritmos musicales.

Difícil es, como hemos visto, señalar el origen de la música. Sin embargo es probable que este arte principiara con las primeras pasiones de los hombres, (1) y que no existiendo entonces dialecto alguno organizado espresasen sus sensaciones por medio de gritos y de sonidos. (2)

Hé aquí la curiosa historia que de su origen se cuenta en la China. Martirizados los oidos de un sábio con los cantos salvajes que abandonaban al acaso el ritmo y la entonacion, y notando la diferencia que habia entre estos y las armonias celestes, se puso á investigar las leyes de la música. No sabiendo como dar principio, ni la base en que habia de apoyarse, determinó permanecer por espacio de tres dias á la orilla del rio sagrado, y tomar por fundamento los sonidos que en cada uno de ellos oyese al ponerse el sol. Al principiar el crepúsculo el primer dia observó que silvando el viento en un cañaberal inmediato, repetia incesantemente *ut*; desde luego tuvo formado este signo. Despertado á la mañana siguiente al gorgoros de los pagarcitos notó que uno de ellos repetia sin cesar *ut, mi*. Postrado al tercer dia á la orilla del torrente de donde nace el rio sagrado, é inclinando su

(1) Lacépède. poet. mus. (2) Lesueur.

oído á la tierra, entre los ruidos que producian las aguas del rio despeñándose en el abismo, percibió el mismo sonido grave y fuerte acompañado de una multitud de otros que vibraban á la par que el primero y formando armonía con él. Fuera de si el sábio por el gozo se levantó para dar gracias á la *Divinidad*. Hirió despues con su báculo una roca y formó el acorde perfecto.

Hallada la ley del sonido hizo la música muchos progresos y se estendió rápidamente entre los pueblos del Oriente y de las Gaulas, llegando hasta nuestros dias desposeida ya de aquel poder ideal concedido por ciertos hombres cuya razon suele dejarse dominar por influjo de una imaginacion sobradamente viva. Sin embargo el poder que la música ejerce sobre el hombre, no porque le creamos ecsagerado, es menos efectivo, y seria un error el negarlo.

Desde la antigüedad mas remota fué conocido este poder. Las diversas modificaciones que él suscita en la organizacion consisten en la diferencia de los *modos* y del *ritmo* de que se hace uso.

llámase *modo* el tono en que la pieza de música está compuesta; la nota que lo determina se llama *tónica*. Los antiguos tenian cuatro modos principales; cada uno de ellos podia inspirar pasiones diferentes: el modo *phrigio* escitaba el valor y el furor; el *lydio* la tristeza, la compasion, las lágrimas; el *éolio* la ternura y el amor; el *dorio* la piedad y el respeto á los Dioses. Empero hablando rigurosamente nosotros no tenemos hoy mas que dos *modos*, *mayor* y *menor*. El primero tiene algo de alegre, el segundo de triste, sin embargo de que se les puede modificar de muchas maneras. En un tratado que Roger ha compuesto sobre los efectos de la música en el cuerpo humano cuenta veinte y cuatro modos diferentes. El primer tono entre los que se han llamado mayores está lleno de magestad, es apropiado para inspirar la piedad, el amor á Dios. El segundo cuando es templado conviene á la ternura y á la piedad; cuando es mas animado invita á la alegría. El tercero y el cuarto hacen nacer la me-

lancolia, nos enternecen y arrancan lágrimas. El quinto eleva el alma y la escita á empresas dificiles; es notable por su nobleza y por su dignidad. El sexto y duodécimo respiran el ardor de los combates é inflaman el valor. Los modos menores tienen relacion mas bien con la tristeza, la piedad y el temor. Grétry en su ensayo sobre la música se ha ligado á determinar el carácter que convenia á cada pasion, á cada personage; lo que ha hecho con buen suceso.

El *ritmo* es una medida constante de una cierta estension y que puede comprender muchos sonidos de diferentes duraciones, pero cuya suma es siempre igual á esta medida, y del mismo grandor que ella. El ritmo da á la melodía esta variedad picante que constituye su principal adorno. Cada medida asi como cada modo goza de una propiedad particular. Hay medidas alegres, vivas, magestuosas &c. las cuales egercen una notable influencia sobre la economía humana.

Pero ¿dónde egerce principalmente la música su accion? ¿qué órganos son los principales que se ponen en movimiento? ¿qué modificaciones sufren estos fisiológicamente considerados? cuestiones son estas de tan alto interes para el médico como dificiles de resolver.

(Se continuará.)

L. GARCIA MARTIN.

DEBAJO DE LOS NARANJOS.

En vez de Amor, Amistad.

CARTA QUINTA.

Amigo mio: hoy me dices: «he recibido otra tuya, pero sin fecha.» Vaya un reparo! Cómo quieres me acuerde del dia, debajo de los naranjos? Si me apuras, ni sé en qué mes, ni en qué año estamos. Quién cuida de esas vulgaridades mas

que los pobres mundanos?—Y tú qué eres? En dónde vives?—Qué soy, y dónde vivo? Estás muy torpe: adivínalo ó dime que escribo inutilmente.

Muy torpe andas según tus congeturas sobre Angela. Si será una idea; si será una alegoría, si será una realidad.... Vamos has perdido tu buen criterio. Desdichado del libro que lo dice todo! Si tuviera en mi mano un puñado de verdades, decía Fontenelle, no las soltaria mas que una á una. Lo entendiste ya? Si me digeses que no; te mandaria á la escuela. No quiero martirizarte: voy al asunto, que equivale á decir á Angela vuelvo.

Qué es pues el hombre? Me viste tan conmovido en mi anterior y me verás en esta tan festivo!..... Qué es pues el hombre? Bien sé que tus estímulos para que escriba y para que nada reserve, es como si dijeras: *faciamus experimentum in anima*..... No quiero concluir la frase por no enojarte; pero no me doy yo por enojado. Sabes por qué? Porque esta afición á la filosofía me tiene siempre en el entrecejo aquella maxima del templo de Delfos: *Nosce te ipsum*. Y cómo he de conocerme si no voy juntando los jirones que uno deja entre las zarzas del camino de la vida? Vas entendiendome? Dios lo quiera y disimula esta nueva digresion.

—Salimos á pasear á la fuente de los naranjos.

—Solos?—Solos: porque la buena anciana se escusó con la pesadez de sus piernas y me convenció al instante. Ya ves que hubiera tenido que volver con una multitud de años pendientes del brazo; y todos dicen que no hay cosa mas pesada que los años.

—Y no opuso algun reparo Angela, en el qué dirán si nos ven solos?

—De contado: pero la convencí con las mismas razones que tú me has oido siempre. Ni podemos evitar en este mundo los chismes, ni convendría evitarlos aunque pudiéramos. Es tan apetitoso para los tontos el glosar un chisme... (disimúlame aquí un parentesis.)

«Los tontos desde Adán están en mayoría.»—Te decia que es para los tontos tan apetitoso el glosar un chisme, como

lo es para los gorriones esa charla, esa gritería que les asocia en los campanarios y en los corrales. A qué se habian de reunir la mayor parte de los humanos, que no aciertan á vivir consigo mismos, si les faltára ese alimentillo de sus almas?

—Y el pobre á quién desuellan?

—Mira; toda mi vida me han estado desollando y tengo aun la epidermis del bautismo. Advierte de paso, que el que se dá por sentido puede corregirse; y el que sabe despreciar es invulnerable.

—Y la calumnia?

—Yo no trato de santificarla: pero no tengas duda de que no hay calumnia que no llegue á ser el pasaporte de una apologia. En fin, yo siempre he sido partidario de la libertad de *hablar*, que tiene un antídoto de que carece la libertad de obrar. Si Pedro mata á Juan, nadie volverá á Juan la vida; pero si Pedro levanta á Juan un chisme mil habrá que le contradigan. Por esto te he dicho siempre: no tapar ninguna boca: dejar á todas que hablen; y el que tenga en ello gusto que arrime el oido y escuche. Con estas ideas fui convenciendo á Angela en el paseo de la fuente de los naranjos y reimos á perder. Una vocanada de aire nos trajo la gritería de los toros: Angela se conmovió y me dijo: qué habrá sucedido?—Nada hija; que el alma del toro ha pasado á los espectadores y todos braman. (Nuevas risas....) Ya ves si íbamos divertidos. Un poco antes de llegar á la fuente, oimos una voz: Angela, Angela. Era Dionisia que venia en busca nuestra.—Si creerá la curandera, díge á Angela, que estamos de peligro?—No la juzgues de ese modo: lo que cree, es que estarias enfadado, y viene á enterarse: habrá estado sin sosiego. Voy á esperarla: sigue tú y en la fuente aguardas. Asi fué; y cuando llegaron pregunté á Dionisia: ¿y cómo has dejado el toro?

—La pobrecita mia, respondió Angela, creia estarias enfadado, ha estado inquieta y venia á enterarse.

—Nunca hemos estado mas contentos: tú eres incapaz de enfadar á nadie, y me alegre hayas venido porque no hemos dejado de reir desde que salimos de casa, y

viniedo tú, viene el buen humor y llueve sobre mojado. Dime la verdad, Dionisia; para quién escribiste la receta, para Angela ó para mí?

—Para ambos.—Y quién te pareció la necesitaba con mas urgencia?—Esa es mucha curiosidad, dijo Angela.—Sea lo que quiera, respondió Dionisia, la verdad es que Angela la necesitaba primero. Sabe V. por qué? Escúcheme V. un ratito.

Como esta pobrecita tuvo que mantenerse en París á coser libros, la daban de guantes un ejemplar de las obras que cosía. Como esa Francia no escribe mas que novelas, porque toda ella debe ser una novela completa..... (Risas)..... No se rian VV. que bien sé lo que me digo: una novela, sí, una novela porque yo oí á tu tío que el año ocho vinieron los franceses á España contra los frailes; que volvieron en veinte y tres á favor de los frailes..... (Risas.) No se rian VV., no; que bien me acuerdo que el año treinta, escribia tu tío que la aurora de la libertad iba á resplandecer por toda Europa y la Europa se quedó tan á oscuras como estaba.... (Risas.) Dale con las risas como si una dijera sandeces; yo no he visto de esa Francia mas que las novelas que esta ha traído; y qué novelas! En ellas salen á relucir personajes sangrientos, sátiros asquerosos, ángeles con erizadas crines.... (Risas.) En ellas se pintan escenas licenciosas de asesinatos, de adulterios, de envenenamientos, de suicidios; los asquerosos misterios de las tabernas, de las casas de prostitucion.... (Risas.) —No te rias Parisiensita que esta es la verdad.—Sí, pero tambien te he leído otras novelas que no pintan tales escenas. —Ah! si, es verdad: otras novelas como el Werter, que tú decias ser el padre de tantos libros..... Vaya un padre! V. no sabe qué es el Werter?—Dimelo tú, la respondí como absorto de la ligereza de sus juicios y de la precipitacion de su habla.—Pues mire V.: Werter era un estudiantillo que se enamoró de una Carlota: esta Carlota se casó con un Alberto que tenia mas juicio que Werter: este Werter se empeñó en perturbar el matrimonio de sus amigos, y viendo no

podia conseguirlo, se pegó un tiro y se acabó la historia. Ha visto V. una cosa mas insulsa? Qué dices á eso Parisiensita? —Te diré, respondió Angela, que Madama Staël, decia de ese mismo libro, que es la mas hermosa pintura de las inquietudes del alma.....

—Pues dí á esa madama, que los libros deben evitar las inquietudes del alma y no fomentarlas ni embellecerlas.

—No lo has entendido, hija (replicó Angela, haciéndome una seña que me decia es por provocarla) el Werter, decia, madama Staël, es el cuadro de las enfermedades de imaginacion de nuestro siglo.

—Bien; y esas enfermedades se curan con un tiro.... Medrados estamos!—El nuestro Quijote siquiera es el espejo de todos los enamorados; pero un espejo que los hace tan feos que tienen que reirse de si mismos. Me afirmo en lo que te he dicho siempre: no hay libro como nuestro Quijote.—Y volviéndose á mí.—Qué dice V. á todo esto?—Que eres la misma sensatez, eres la misma agudeza.—Esa no es respuesta: le pregunto á V. para qué sirven esos libros?—Yo creo, Dionisia, que tienen su utilidad: el Werter de Goëthe, los dramas de Schiller, el René de Chateaubriand, el Adolfo de Benjamin Constant y tantos otros de la misma progenie Byroniana, serán un dia monumentos artisticos de una época de duda, de incredulidad y de aspiraciones desmedidas.....

—Yo no entiendo eso, dijo Dionisia. —Lo has entendido tú Angela?—Completamente y estamos de acuerdo.—Pues bien, otra vez hablaremos de esto. Y con qué fin has mentado las novelas francesas, para explicar la necesidad que tenia Angela de tu receta?—Porque esas novelas, respondió Dionisia, hubieran concluido con la razon de Angela sino hubiéramos tomado el espediente de traerlas y quemarlas ahí de tras de esos juncos.—Dónde?—Ahí,—y señaló el sitio mismo en que me oculté y las escuché la conversacion de mi primera carta.—Sabes Angela que ese sitio quedó inficionado con el sentimentalismo de esas novelas

quemadas, y ahí contraje la enfermedad que Dionisia ha querido curarme?..... (Risas.)—Dionisia, ¿luego que quemastes las novelas, quedó Angela entonada? —No del todo; porque dicen que el sentimentalismo no tiene cura: pero al fin, se dedicó á otras lecturas mas sensatas. —¿Cuáles?—Los sermones de Bossuet y de Masillon, las confesiones de San Agustin, Sta. Teresa y otros muchos. Cuando la barrunto de mal humor, la leo unas cuantas páginas del Quijote y queda entonada. Qué hermoso es el Quijote! Hemos de hablar de él largamente, luego que entren VV. ambos en caja.—Es decir que insistes en que todavía estamos enfermos? —No quiero vuelva V. á enfadarse y no me haga V. mas preguntas. Vamonos hija: ya habrán salido del toro.....—Sí, ya la aguardará á V. Pepito, no obstante, su repugnancia al sentimentalismo....—Si ya le despaché, dijo riendo á carcajadas y cogiendo la mano de Angela.—Qué has hecho?—Muy sencillo: cuando fui al toro le ví en la pedrera inmediata, con un gesto que quería decirme ¿por qué has venido tan tarde? Luego que vió que me salía de la plaza, se adelantó y me esperó á la esquina del cementerio: A dónde vas? —A donde tengo que hacer.—Muy ocupada andas: te podré hablar esta noche? —Ni en esta, ni en otra. Qué quiere decir eso, Dionisia (me dijo chupando un puro y sonando con la otra mano la botonadura de oro y atusando la faja de seda verde; qué chusco estaba!) quiere decir que no quiero casarme y busques tu acomodo por otra parte....—Pero mira, atiende..... Ni miré ni atendí y estamos fuera del paso. (Risas.)—Qué despachaderas tiene Dionisia! Pobre Pepito, tengo gana de conocerle: sabe Dios lo que podrá sucederle. —No tenga V. pena que no imitará al Werter. Si Carlota hubiera sido de mi temple!... Pero vamos, hija, vamos. Quédese V. ahí; y vea si puede matar aunque no sea mas que una alondra, para que digan ha estado V. de caza.... Abur... Y héme solito querido mio, debajo de los naranjos. Qué naranjos! Debajo de ellos

han dado un vuelco todas mis potencias... Pero qué oigo! de tras de mí suenan pisadas; doy un salto, ladeo los juncos y veo donde yo me habia ocultado.... Qué sorpresa! Ya te lo diré mañana.

NICOMEDES MARTIN MATEOS.

Escenas de la vida Maritima.

UNA RAZIA DE TIBURONES.

(CONCLUSION.)

Los dos amigos se sumergieron á un tiempo en las aguas: los dos pelearon con inauditos esfuerzos; los dos eran agueridos en aquella especie de luchas, uno y otro aparecieron á flor de agua por diferentes veces para hundirse de nuevo: la sangre teñia de color de púrpura la superficie azulada del Océano, y la tripulacion de los botes gritaba y daba fuertes golpes con los remos para espantar á las fieras. Todos presentiamos una eminente catástrofe, que no tardó por desgracia en confirmarse. Al cabo de pocos segundos, uno de los tiburones apareció á nuestra vista arrojando torrentes de sangre por varias heridas, otro se presentó revolcándose con la cabilla atravesada en la boca, y de tras de él ascendió Rufino con una pierna menos; el cual fué socorrido en la agonía de la muerte por uno de los botes de la fragata.

En cuanto el infortunado Antonio, una gran mancha de sangre que se dibujó en la superficie agitada del archipelago, y algunos remolinos de espuma y agua que aparecieron en seguida nos demostraron que el infeliz habia sido devorado por la fiera.

El generoso Antonio no volvió á aparecer.

Quando el capitan vió al tercer tiburón, que nadaba en torno de los botes en busca de nuevas victimas, dispuso que la tripulacion de los mismos se retirase á bor-

do de la fragata y fué á hacer por si propio la primera cura al valiente gaviero.

El drama, no habia terminado, sin embargo, puesto que los compañeros del Indio Antonio, con el guardian á la cabeza, se presentaron un minuto despues al capitan Elias, á suplicarle que les permitiese vengar los manes de su desdichado amigo, dando muerte al feroz tiburón. Otorgada la venia, uno de los marineros preparó sobre la marcha un enorme anzuelo de hierro, al que sujetó varios pedazos de tocino salado, arrojándolos despues al agua por la parte en que acababa de percibirse el enorme cetáceo. No tardó este en presentarse á la vista de todos, arrojando de su formidable boca una baba espesa y glutinosa, de color de sangre. Cuando el mónstruo estuvo á la inmediacion de la presa se volvió, segun su costumbre, con el vientre hácia arriba, y ocultó el anzuelo en su profunda garganta; en seguida los marineros tiraron con fuerza de la jarcia, á la que estaba unido el aparejo; y el anzuelo apareció sin tocino; pero el tiburón daba sacudidas violentas y manchaba con sangre el agua del archipiélago, lo que parecia dar á entender que estaba herido. Por segunda vez se le arrojó la misma presa, y cuando todos aguardabamos que la fiera se alejaria á su contacto, escarmentada del suceso precedente, se la vió lanzarse de nuevo con ciega furia sobre el anzuelo, donde por esta vez quedó amarrada para no volver á soltarse. Los marineros mas avisados, fueron tomando jarcia, poco á poco hasta que el tiburón se encontró fuera del agua; pero entonces necesitaron de todos sus esfuerzos para no ser arrollados por la multitud de saltos, y arremetidas bruscas que daba el tiburón contra las costillas de la fragata. Ninguno hubiera tenido valor para acercarse á la fiera en tan crítico momento, si el guardian que era hombre experimentado en aquel linaje de pesca, no hubiese arrojado al tiburón un lazo corredizo, que sujetándole la boca y las primeras aletas, le impedia hacer uso de sus cinco hileras de dientes y de sus terribles palancas. Por este medio se le introdujo con facilidad en el buque, y en-

tonces pudo verse con horror que era una *tintorera* (tiburón hembra mas feroz que todos los cetáceos) de veinte pies de longitud por ocho y medio de diámetro.

Tendida sobre cubierta y bien amarrada al palo mayor, los marineros de la *Sabina* no pudieron menos de rendir tributo entonces á una antigua supersticion marítima, que consiste en dar muerte á los tiburones que se pescan, pidiéndoles el viento que hace falta á la nave para su rumbo. En su consecuencia, habiéndose formado la tripulacion en dos filas al lado de la *tintorera*, y colocándose en medio el guardian, á guisa de ejecutor de la ley, armado con una gran barra de hierro, empezó á descargar uno tras otro, multitud de golpes sobre la cabeza del enorme cetáceo, gritando á cada uno con voz estentórea: «Sud-Oeste, Sud-Oeste» que era el viento que esperábamos hacia ocho dias para cortar la línea por el N. E. de Gilolo.

Aquella imprecacion gentilica, escuchada por los marineros de abordo con el recogimiento que permite el rito idólatra de los bracmanes, no dejaba de tener su solemne grandeza en medio de una mar atestada de escollos y de tiburones.

El dia se pasó en la mayor agitacion producida por las catástrofes que dejamos referidas: vino la noche de improviso y sin crepúsculo, como acontece en los países tropicales, y cuando aguardábamos con terror que se realizase el pronóstico del capitan Elias, quien hablando de la luna solia decir muchas veces,

Si como pinta quinta,
Si como quinta, octava,
Asi como empieza acaba,

Quando temiamos, pues, que la calma que ya ibamos sufriendo, se estendiese á todo el mes lunar con riesgo de nuestras propias vidas, saltó de pronto una brisa del E. que fué afirmándose poco á poco hasta quedar entablada en viento galeno, y con ayuda de su inestimable socorro, cortamos aquella noche la línea equinocial á 0 grados de lat.; siendo la situacion de la isla de Fijoi, por donde

penetramos en el Mar Pacífico, la de 14' lat. N. y 134° 57' long. E. del meridiano de Cádiz.

FRANCISCO SEPÚLVEDA.

LA ESTRELLA DE MI AMOR.

Ya se ocultó ¡ ay de mi ! ya no fascina
á mis ojos su luz esplendorosa
que embriaga de placer ;
solo queda á mi alma peregrina
un recuerdo de vida mas dichosa,
y eterno padecer.

Hubo un tiempo que el mundo era á mis ojos,
fúlgido Eden de encanto, de ventura,
de amor, felicidad ;
y hora todo en la tierra me dá enojos,
son mis dias de luto, de amargura
y de hórrida ansiedad.

Entonces era amado de una estrella
que luce por mi mal en otro cielo
con mágico esplendor,
y era á mis ojos la lumbrera bella,
el iris de ventura y de consuelo
el ángel de mi amor.

Y yo adoraba con delirio ciego
cada noche la hermosa aparicion
del fúlgido fanal,
y me abrasaba su celeste fuego
y gozaba mi amante corazon
delicia angelical.

Mas hora solo con mi angustia fiera
cruzo el mundo sin gloria y sin placer
con penas ¡ ay ! sin fin,
y busco en vano en la celeste esfera
el faro que alumbró un tiempo mi ser
del mar en el confin.

Fugaces ¡ ay ! pasaron
las noches deliciosas
en que gozaba en calma
de su fulgente luz ;
y en su lugar dejaron
visiones espantosas
que cubren ¡ ay ! mi alma
con fúnebre capuz.

Si al menos yo pudiera
cantar en mi agonía
las noches de ventura
pasadas con mi amor,
momentos ¡ ay ! tuviera
en que la pena mia
calmára, y mi amargura
con cantos de dolor.

Mas de mi bronca lira
las cuerdas se quebraron
y yace abandonada
en lóbrego rincon,
y el alma ¡ ay Dios ! suspira
por noches que pasaron,
pues mal mi lira amada
está mi corazon.

Y mi plegaria al cielo
dirijo de continuo
pidiéndole se acabe
mi vida de dolor,
ó para mi consuelo
me guie hácia el camino
dó brilla con luz suave
la estrella de mi amor.

ANTONIO G. DEL CANTO.

Máximas.

— La ciencia es una llama que alumbraba entre las manos de un sabio, pero incendia entre las de un perverso.

— Un hombre de bien, segun el mundo, no es el que ha hecho mas bellas acciones, sino el que ha dicho mas bellas cosas.

— Los consoladores mas elocuentes son por lo regular los menos sensibles.

— El espiritu se estrecha á medida que el alma se corrompe.

ADVERTENCIA.—Aun cuando hemos procurado que cada uno de nuestros números comprendiese algun artículo relativo al grabado que con él se publicase, ha llegado á sernos esto imposible por impedirlo la abundancia de trabajos interesantes que existen en la Redaccion. En lo sucesivo, cuando los grabados necesiten artículo, cuidaremos de insertarlo en los números mas inmediatos siguientes, sino tuvieran cabida en el mismo de aquellos.— Por igual razon, y con el objeto tambien de proporcionar la mayor variedad posible, alternamos las publicaciones, no haciendo seguidas las de trabajos sobre un mismo asunto.— Nos esforcaremos por evitar los inconvenientes que de esto resultan.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,
Calle de la Rua, número 25.